

la justicia, y la segunda es la paz y la tercera el gozo y la alegría; porque de la justicia nace la paz y de la paz el gozo; y añade Hugo<sup>7</sup> estas palabras: ¿Quieres nunca estar triste? Pues vive bien, porque la buena vida siempre tiene gozo; bien se infiere ser tal la de este siervo de Dios fray Francisco, pues jamás se airaba y siempre andaba alegre y nunca mostró tristeza en su rostro, antes mucha alegría con que mostraba la de su buen espíritu. Esta segunda vez que fue cocinero, en este dicho convento, se encargó de la ropería, y sin haberlo aprendido en el siglo cortaba la ropa de los frailes y la cosía, como si aquello sólo tuviera por oficio; ocupábase en esto los ratos que no pedía su asistencia la cocina, y en lo uno y en lo otro era muy continuo y puntual; de manera que con ser oficios muy distintos el uno del otro los juntó en sí como si fueran muy vecinos, porque la caridad con que los hacía era igual para entrambos. A todo cuanto le pedían daba buen despacho y nunca sabía hablar mala palabra a nadie. Dormía poco y velaba mucho y no faltaba de maitines; de donde se iba a la cocina a poner la olla para dar de comer a los frailes. Dotóle Dios de esta mansedumbre natural ya dicha, para poder sufrir y llevar con suavidad el inmenso trabajo de la cocina; y así se ejercitó en ella casi todo el tiempo de su vida. Murió siendo ya viejo y de hábito muchos años en la religión, siendo el de su fin y acabamiento el de 1593, en veinte días del mes de abril, cuyo cuerpo está enterrado en el mismo convento, habiendo tenido una muerte muy santa y apostólica.

CAPÍTULO LXXXI. *Vidas de otros apostólicos varones de esta provincia del Santo Evangelio*



FRAY DIEGO DE CAÑIZARES VINO a esta provincia de el Santo Evangelio entre los varones apostólicos de aquellos primeros tiempos de la conversión de estos indios. Era docto en la teología y muy buen predicador. Era elocuentísimo y muy gran retórico; y en los sermones que hacía tenía gracia de enternecer los ánimos de los oyentes en todas las ocasiones que quería. Era muy devoto de la madre de Dios y ponía sumo cuidado en predicar al pueblo sus alabanzas. Aprendió la lengua mexicana con grande excelencia y predicaba en ella con grande suspensión de los oyentes. Fue guardián de muchas casas de las de más autoridad y cuenta de la provincia; y luego las renunciaba teniéndose por incapaz para su gobierno; procediendo esto más de humildad y menosprecio de los oficios que de insuficiencia para ejercitarlos; porque era hombre de muy buen juicio y de agradable y santa conversación. Era muy grave en su persona, y de su compostura y acciones (como dice el *Eclesiástico*)<sup>1</sup> se conocía su muy extremado juicio. Era muy recogido y pobre y seguía la vida común de los frailes. Dábase a la oración, en que era fuerza que gastase gran parte de su

<sup>7</sup> Hugo. lib. 3 de ani.

<sup>1</sup> Eccles. 19.

recogimiento. Amonestaba a todos la virtud y la devoción de la virgen María nuestra señora. Excusaba los cumplimientos mundanos y decía que eran negocios, cuya etimología interpretaba él diciendo: *nec otium*; como quien dice que al que anda en ellos no le queda tiempo para vacar a otra cosa, y abominábalos mucho y sentía ver que algún religioso se ocupase en ellos. Era muy devoto y tierno en la misa cuando la decía y trataba aquel misterio con mucha gravedad y reposo. Murió en santa vejez, teniendo más de sesenta años de hábito. Está enterrado en el convento de San Francisco y fue su fallecimiento el de 1597, a treinta días del mes de abril.

Fray Francisco García tomó el hábito de lego en el convento de San Francisco de Mexico; y fue natural del reino de Galicia; era ya hombre cuando le tomó; y desde sus principios en la religión dio muestras de mucha virtud y perfección. Siguió en la cocina de este dicho convento al santo fray Francisco Sánchez, arriba nombrado, la primera vez que la dejó. Era hombre de muy áspera condición; pero hacía fuerza en reprimirla por imitar a Cristo señor nuestro que dice: Aprended de mí que soy manso de corazón; y el Profeta lo compara al cordero que va a la muerte, mansa y humildemente. Todo lo que tenía de recia condición tenía de disposición para ser penitente, y así lo era en grande manera; porque aunque guisaba la olla para la comunidad, nunca (o muy pocas veces) gustaba la carne de ella. Su comida ordinaria eran unas habas cocidas en sola agua y muchas veces las mezclaba con ceniza, haciendo del agua y de ella lejía para colar las tripas. Era dado a la oración y de noche, después de haber cerrado la cocina, se subía a las azuteas de la casa donde rezaba, mirando al cielo. Tendíase de espaldas sobre una escalera de piedra áspera y rigurosa, por donde se subía a lo alto de la iglesia; y en aquel tormento se estaba por muy gran rato de tiempo. Nunca estaba ocioso y siempre se ocupaba en algún trabajo por no dar motivo al Demonio de que le tentase en la ociosidad, pareciéndole que basta su malicia en todo tiempo. En este tiempo se comenzó la iglesia nueva de San Francisco; y para su buen avío y abasto de la piedra necesaria para la obra le pusieron en la cantera de Nuestra Señora de los Remedios, dos leguas de la ciudad; a lo cual acudió muy religiosamente con grande ejemplo de todos y la sustentó hasta que se acabó la iglesia, que duró su obra espacio de doce años. Murió lleno de buenas obras en el convento de San Francisco, en el de 1602, a cinco de febrero; y está sepultado en la iglesia que tanto trabajo le costó su piedra.

Fray Francisco Ruiz fue natural de Ayamonte, vino de seglar a esta Nueva España; y siendo hombre maduro y de edad perfecta tomó el hábito en el convento de San Francisco de Mexico, sirvió con mucha humildad en las cosas de los oficios de los legos. Tenía hecho voto de ser fraile cuando le tomó; y el motivo fue el siguiente. Tenía el señor de su pueblo un león enjaulado, y era tan manso que llegaban donde estaba todos los que querían y le traían la mano sobre el cerro y le ponían la cabeza en la boca para que con la lengua se la lamiese, jugando con él como con un cordero, como dice el *Eclesiástico*<sup>2</sup> que hacía el rey David con ellos. Y

<sup>2</sup> Eccles. 47.

entre otros que llegaron una vez fue uno fray Francisco, y comenzando a lamerle la cabeza debió de sentir suavidad en el gusto, y no guardando el decoro que a los demás (como bestia sin razón) le arrojó los brazos al cuello; y asiéndole la cabeza con las uñas lo metió casi toda en la boca, porque era animal feroz y grande, y comenzó a apretar los dientes para comer de ella. El mancebo, que se vido asido y en tan conocido peligro de la vida y no sabiendo cómo escapar, por estar solo y agarrado de un león, volvióse a Dios (por ventura habiendo oído en alguna ocasión que libró a Daniel de los que estaban en el lago de Babilonia y a David de otras muchas ocasiones en que se vido con ellos) y pidiéndole favor hizo voto de ser fraile de San Francisco si le libraba. No es tan presta la madre que ve maltratar al hijo delicado y tierno, que lo está criando al regalo de sus pechos asido de algún animal nocivo y cruel, cuanto lo fue Dios, que ama más tiernamente que las madres, al socorro del afligido mancebo, y al instante que hizo el voto entró en el lugar de la leonera el que tenía a cargo el león, y dándole con una vara por detrás soltó la presa por volver a la parte donde sintió el golpe. Con esto quedó libre Francisco y dando gracias a Dios puso en su corazón de cumplir su santo voto y servir a Dios en religión, hízolo así (como dejamos dicho). Fue hombre de grandísima humildad y menosprecio de sí mismo; diósele el cargo de sacar piedra tezontle, que es la ordinaria con que se edifica en esta ciudad de Mexico, para el edificio de la casa nueva que por entonces se comenzó en San Francisco; y que asistiese en un pueblo llamado Santa Marta, muy conjunto a la misma pedrera que está a nuestra doctrina, donde todos los domingos se dice misa. Aquí estuvo este devoto religioso algunos años ocupado en el ministerio de sacar piedra hasta que murió. Cuidaba de la doctrina de los indios y recogía todos los días en el patio de la iglesia los muchachos y muchachas del pueblo, y con mucho amor y caridad les enseñaba la doctrina cristiana y hacía rezar; y dejándolos en este ejercicio al cargo y guarda de los indios viejos que acuden a este ministerio en todas las partes donde hay doctrina, iba a la pedrera, donde ya tenía la gente de servicio y solicitaba su piedra y la sacaba con gran temor y resguardo de su conciencia. Vestía muy pobremente y andaba de ordinario muy roto y remendado. Comía muy limitadamente y las más veces unas yerbas mal guisadas. Cuando le preguntaban, ¿cómo estaba? Respondía, como salvaje en el campo, al agua, al sol y al frío; y casi no se engañaba porque como su regalo era poco o ninguno y el trabajo inmenso, al sol y al aire (como él decía), estaba tan quemado y trocado su natural color que lo parecía. No se contentaba con el trabajo de solicitar la piedra sino que a éste añadía otro de sus solas manos, y era hacer cestos de mimbre de muchas maneras, los cuales reparaba por los conventos comarcanos para el servicio del refectorio y otras oficinas; y los daba a personas particulares, devotas de la orden, porque eran algunos de los que hacía de mucha curiosidad; y recibía en retorno de ellos algunas cosas para su sustento y el de los indios que le ayudaban; ganándolo como otro San Pablo que dice a los de Éfeso: bien sabéis que las cosas necesarias de mi uso y las que han habido menester, los que me

acompañan las han administrado mis manos. Y de este trabajo se precia, en la primera que escribe a los corinthios,<sup>3</sup> diciendo: trabajando y obrando de nuestras manos. Y a los de Tesalia<sup>4</sup> dice: ya sabéis, hermanos, nuestro trabajo y fatiga causada de trabajar de día y de noche. Y en la segunda añade:<sup>5</sup> no comemos el pan de balde; mas ganámoslo con el trabajo y fatiga de nuestras manos, así de día, como de noche. Y Cristo redemptor nuestro dice por San Lucas:<sup>6</sup> digno es el que trabaja del precio de su trabajo. Esto hacía este bendito lego, ganando el pan que comía con el trabajo de sus manos; porque para agradar a los que le hacían caridad y limosna, les correspondía con estas cestas muy lindas y curiosas. Era muy sufrido y siempre andaba revestido de paciencia. Era muy callado y miraba mucho por la honra de su prójimo, como se manifestó en muchas ocasiones, excusando todo cuanto podía descubrir cualquier defecto que de otro supiese. Era muy caritativo y mostraba esta caridad con los indios que tenía a su cargo, no sólo en buscarles de comer y lo necesario (como queda dicho), sino también acudiendo a sus particulares necesidades y en sus enfermedades curándolos y buscándoles los remedios en sus aflicciones. Por esto los indios lo reconocían por muy padre; y aunque los domingos iba del convento un religioso a decirles misa a Santa Marta, no era él el que los gobernaba, sino fray Francisco, a quien reconocían. Era dado a la oración y sacaba de ella la tolerancia de la trabajada vida que traía, porque era mucho el trabajo, poco el regalo y mucho menor el avío; porque como todo había de ser de limosna y no siempre hay limosneros faltaba lo necesario y nunca la necesidad, y siempre procuraba que no fuese a menos la obra que tenía a su cargo. En este ejercicio se ocupó más de veinte años; y aunque era mucho el trabajo hizo mayor su sufrimiento, ayudado de la gracia de Dios, a quien procuraba agradar y servir en todo. Murió santamente en el mismo convento de San Francisco de la dicha ciudad, a veinte del mes de julio del año de 1597, donde está enterrado.

CAPÍTULO LXXXII. *Que trata de otros varones apostólicos de estos tiempos que son dignos de memoria*



RAY MIGUEL DE RODORATE VINO de la provincia de Valencia y estuvo muchos años en esta del Santo Evangelio ocupado en su ministerio de confesar y administrar a indios y a españoles. De aquí pasó a la custodia de Tampico, enviado por la obediencia, donde se ejerció algunos años en el mismo ministerio, aunque después volvió a la provincia por causas forzosas que lo obligaron, donde como apostólico varón pasaba su vida, en grande mortificación de su cuerpo. Era muy templado en el comer

<sup>3</sup> 1. Ad Cor. 4.

<sup>4</sup> 1. Ad Tes. 2.

<sup>5</sup> 2. Ad Tes. 3.

<sup>6</sup> Luc. 10.